

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

NOVIEMBRE N.º 50 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V. 1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## SUMARIO.

Los indios del Senagal, por X.—La inmaculada Concepción, poesia por Cipriano Sevillano.—Un reo de muerte, por P. de P. Capella.—Sección doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

## ESTUDIOS DE VIAJES.

### LOS INDIOS DEL SENAGAL

(CONTINUACION)

Sus armas consisten en arcos que tienen cinco ó seis pies de longitud. Las flechas tienen tres pies ó tres y medio de largo y son de junco ó de palmera.

Por una estremidad las adornan con plumas de papagayo y las puntas son de hierro ó de espinas de pescado perfecta y artísticamente trabajadas.

De otras flechas se sirven para tirar á los mariscos cuando no se hallan mas que á dos ó tres pies de profundidad de agua. Las que usan para combatir á sus enemigos las emponzoñan con el zumo de un arbol que se cria solo en aquellos climas.

Los indios se sirven tambien de picas ó lanzas que arrojan con una destreza admirable, y construyen de junco cerbatanas de nueve ó diez pies, en las que colocan una flecha muy pequeña y punzante, envuelta en algodón, y con solo el aire que despiden su boca, las hacen correr un espacio de ciento treinta pasos y con suficiente impulso para cazar pájaros y cuadrúpedos pequeños.

Solo despues del arribo de los europeos han conocido los indios el uso del fusil, del sable y del hacha, y se sirven del primero apoyando como los negros el talon de la culata en la cadera derecha.

Las mugeres indias tienen menos estatura que los hombres, pero sus formas son muy regulares y agraciadas. Llevan generalmente al rededor del cuerpo y por mas abajo de la cintura, una especie de faja de la que suspenden otra tela teñida con el zumo de janipaba. En otras tribus vecinas usan unas camisolas cortas adornadas de lazadas de diferentes colores, y otras una especie de sayas sin mangas. Esto usan principalmente las que pueblan el Perú y las riberas del Amazonas.

Los indios no tienen nunca residencia fija ni determinada y lo mismo habitan en las anconadas, ó en las riberas, como se retiran á lo mas profundo de los bosques ó á las orillas del mar.



Cuando resuelven cambiar su morada, lo primero que hacen es elegir el punto que deben ocupar y terraplenarlo bien, para construir su cabaña. Hecho esto, preparan en su inmediación el terreno necesario para el cultivo, donde siembran yuca para extraer despues el cazabe, que es una harina bastante grosera, plátanos y maíz ó trigo de Turquía, pero nunca siembran mas que lo absolutamente necesario para su subsistencia, pues no conocen otras necesidades que las puramente indispensables para la vida.

Habiendo un dia hecho una expedicion á una aldea con otro viagero amigo, me puse á dibujar, mientras se dedicaba mi camarada á los placeres de la caza.

Me llamó la atencion la vista de una jóven india y traté de representarla en mi dibujo. Así que me vió se acercó y entonces la ofrecí un collar que miró con indiferencia y realmente sin aceptarlo, porque en esta nacion ninguna jóven puede admitir presente alguno por insignificante que sea, como no venga de mano del que desea llamar su esposo. Me preguntó si tenia muger é hijos y habiéndola contestado que no, se admiró mucho de mi respuesta: en seguida fué á llamar á un anciano que se hallaba cerca de donde estábamos, y volvió con él y con otras muchas mugeres y niños que acudieron para ver lo que yo hacia.

El anciano me alargó francamente su mano y me abrazó.

Le enseñé mis dibujos, pero cuando divisó entre ellos el retrato de un indio de una tribu enemiga, sus facciones tomaron una espresion de enojo y exclamó irritado: «Perverso esclavo». Y para calmar su cólera golpeé con mi apicero el retrato repitiendo: «Perverso esclavo;» entonces su fisonomía volvió á mostrarse risueña. Distribuí algunas dádivas y collares que fueron recibidos con indiferencia, y continué retratando á la jóven india que se prestó á permanecer delante de mí con la mayor complacencia. Les di un poco de aguardiente que brindaron á mi salud, la jóven india trajo un pedazo de pan de cazabe, y me retiré á otra aldea despues de haberla apretado cordialmente la mano.

No obstante la desconfianza natural que se observa en la mayor parte de los naturales, poseen una finura increíble de instinto que les hace adivinar las intenciones de los que acuden á visitarlos.

Despues que se persuaden que el extranjero que les visita no lleva ánimos hostiles, ó de espionaje, puede estar seguro de hallar la hospitalidad mas franca y la mas fraternal acogida.

La caza y la pesca forman sus ocupaciones

habituales, y cuando salen á estas expediciones, sus mugeres están obligadas á seguirles cargadas con las provisiones necesarias, y de recoger las piezas que ha muerto el cazador, y llevarlas á la cabaña. Hé visto un dia á una jóven é interesante india que volvía de cazar con su marido, y mientras que este llevaba simplemente su arco y las flechas, la muger iba encorbada bajo el peso de un saco de bananas, de un niño que llevaba al pecho, de una calabaza llena de chicha y de una cesta ó canasta con la caza.

Cuando los indios regresan de sus cacerías ó pesquerías se entregan completamente al reposo y al descanso que es su principal delicia y se tienden en sus hamacas ó en el suelo, mientras que sus mugeres, que distan mucho de ser tan perezosas y sobre las que pesan todos los cuidados de la vida, se ocupan del arreglo doméstico.

El principal alimento de estos pueblos, consiste en caza, en pescado fresco ó ahumado, cangrejos, langosta de mar, tortugas, patatas, maíz y cazabe, del que se sirven tambien para hacer sus bebidas.

En la cabaña de un indio no se hallan mas muebles que los estrictamente precisos. La parte principal de su menage consiste en una hamaca de cinco ó seis pies de longitud, por diez ó doce de ancho, fija en sus extremos por mas de cincuenta hilos de dos pies, clavados en el suelo, ó de dos troncos de los que sostienen la cabaña, ó de los árboles en los bosques, teniendo tambien una cuerda gruesa que les sirve para suspenderla.

Las mugeres tienen cuidado, sobre todo en los bosques, de encender fuego y mantenerlo continuamente bajo de las hamacas, lo que reúne la doble ventaja de espantar las fieras y alejar los mosquitos y otros insectos dañinos que podian molestarles. Sus utensilios de cocina consisten en calabazas, vasijas y platos que fabrican las mugeres.

Estas se ocupan tambien en hacer grandes cestos que les sirven para guardar los utensilios mas pequeños de su casa y para trasportarlos cuando varían de residencia. En todas las cabañas se ven suspendidas de los troncos que la sostienen las armas de que se valen para la guerra.

Los instrumentos de música de los indios, consisten principalmente en flautas, una especie de trompetas y timbales hechos de un tronco hueco de árbol, cubierto con una piel de tigre.

(Continuará.)

X.



## LA INMACULADA CONCEPCION.

*Poesía leída en la sesión extraordinaria celebrada por la Juventud Católica el 8 de Diciembre de 1879.*

Salve, esperanza de la patria mía,  
Salve, estrella del mar, Virgen dichosa,  
Por quien al mundo vino la alegría,  
Azucena gentil, mística rosa,  
Blanco lucero que precede al día,  
Del sol divino aurora venturosa,  
Cuya luz refulgente y sin segunda  
Con su claro esplendor el orbe inunda.

Tú, á quien llama su madre inmaculada  
El Dios potente que en el cielo habita,  
Las Vírgenes su Reina venerada,  
Y el triste pecador Madre bendita:  
Tú, en cuya inmensa y celestial mirada  
La grandeza de Dios se mira escrita;  
Tú, que de Iberia la admirable historia  
Con el reflejo alumbras de tu gloria:

Vuelve hacia mí tus ojos maternos,  
Pulsa conmigo la cansada lira,  
Y olvidando canciones terrenales  
En tu divino amor mi canto inspira;  
Y pues viertes las gracias á raudales  
Sobre el que humilde ante tu altar suspira,  
Viértelas sobre mí, mi voz levanta  
Que tu pureza sin mancilla canta.

¿No fuiste Tú quien del audaz Peláyo  
La triunfadora espada dirigiste  
Que para Omar y Alí fué ardiente rayo,  
Y á tus Iberos la victoria diste?  
¿No fuiste Tú quien en letal desmayo  
La musulmana audacia convertiste,  
Haciendo de tus hijos la fortuna  
Escabel de la Cruz la Media luna?

Tú del vil arrianismo con tu planta  
Hollaste, Virgen, la infernal doctrina;  
Tú á Leandro inspiraste la fé santa  
Que al génio del error vence y domina;  
Tú de esa fé la llama sacrosanta  
Pura, infinita, celestial, divina,  
Que al orbe salva y que lo llena todo,  
Triunfar hiciste en el imperio godo.

Tú en Clavijo, las Navas, el Salado,  
Arrollaste el pendon del agareno,

Y el estandarte de la Cruz sagrado  
De amor á España y de entusiasmo lleno,  
tremoló con su brazo denodado  
El hijo invicto del pujante trueno:  
Tú estendiste también tu excelso manto  
Sobre el sangriento golfo de Lepanto.

Y cuando la Sultana de Occidente,  
La bella, noble, la sin par Granada,  
Bajo el poder de la africana gente  
Gemía sin consuelo esclavizada,  
Al soplo de tu amor alzó la frente  
Con tu nombre purísimo sellada,  
Cuando el bravo Pulgar, Reina y Señora,  
Clavóle audaz en la mezquita mora.

Y la egregia Isabel, la fiel matrona,  
Gloria y orgullo del cristiano bando,  
Puso á tus piés su cetro y su corona  
Un nuevo mundo para Ti soñando.  
Si la bendice España, si pregona  
La fama el nombre suyo y de Fernando,  
Fué por que en sus empresas, Madre mía,  
Tu celestial amor llevó por guía.

¡Oh patria amada! en mi angustiado pecho  
Brotó un gemido al recordar tu historia:  
¿Dónde está tu poder? ¡ay! ¿qué se ha hecho  
De tu antigua grandeza la memoria?  
Quién tu invicto pendon roto y deshecho  
Holló entre el polvo y enlutó tu gloria?  
¿Quién infame, te empuja hácia el abismo?  
¿Quien?—La torpe impiedad, el ateísmo.

Tú de la antigua é infernal serpiente  
Aplastarás de nuevo la cabeza,  
Y harás que la verdad brille esplendente  
Con el claro fulgor de tu pureza:  
Tú á esta Nación magnánima y potente  
Devolverás un día su grandeza,  
Si acogida á tu amor, por norte fijo  
Lleva la cruz de tu divino Hijo.

Y sí lo harás, porque mi patria amada  
Fué la primera en proclamarte pura,  
Sin mancha original, inmaculada,  
De Dios perfecta y sin igual hechura;  
Si, si lo harás, y por tu amor guiada  
Al arriar á la celeste altura,  
Su fé premiando y su entusiasta celo,  
Pondrás á España junto á Ti en el cielo.

CIPRIANO SEVILLANO.



## UN REO DE MUERTE

Hagan bien para hacer bien  
Por el alma de este hombre.  
*García Gutiérrez, en EL TROVADOR.*

## I.

En el ábside de la bellísima basílica de Santa María del mar de Barcelona, hay una puerta, la cual tiene una gradería que dá subida á la antigua plaza de Born: sobre la expresada puerta ojival (como todo el hermoso templo) se ve una imagen de la Inmaculada Concepcion. Es bella, y su rostro peregrino está algo ladeado hácia el lado de la izquierda: sus ojos expresan la más tierna compasion; su sonrisa es dulce, pero triste. Es la Madre de la Misericordia, que se compadece de los infelices mortales. Sobre la actitud y la expresion de esta imagen tiene nuestra ciudad una tradicion tan tierna como todo lo que se refiere siempre á nuestra Santísima Madre.

Cerca de tres siglos han trascurrido desde que una noche en el barrio de la Ribera de Garbí, muy cerca del convento de San Agustin, en una casa de bajos y un solo piso, estaba un jóven tejiendo ropas de seda en un telar.

No lejos de él una muger de unos cincuenta años hilaba al torno la finísima hebra de seda tambien, y por sus facciones, en las cuales se retrataba el verdadero tipo, medio galo medio ibero, que es el modelo del tipo catalan, el cual se reproducia exactamente en el jóven trabajador, se podia asegurar, sin equivocarse, que eran madre é hijo.

Era á últimos de Noviembre, y la hora las siete de la noche, pues noche es hace rato en este mes á las siete de la tarde.

Reinaba el silencio; solo se oía el ruido del torno y del telar.

Parecia que madre é hijo se apresuraban á concluir su tarea antes de la *Queda*, que tocaba á las ocho en punto, á cuya hora las luces y los fuegos debian apagarse, y retirarse todo el mundo hasta el amanecer.

Una lámpara alumbraba esta escena, y la madre, de cuando en cuando, suspendia su tarea para mirar á su hijo, el cual lo interrumpia á su vez para cortar con unas finísimas tijeras toledanas los hilos que se rompian, y cuyos cabos, despues de atados, salian entre el tejido.

Nuestra ciudad, siempre industriosa, era entonces digna rival de Milan en los tejidos de seda, los cuales eran muy buscados, no solo en España, sino en el extranjero.

De pronto, el jóven se detuvo en su tarea y dijo:

—¿No habeis oido, madre?

La madre suspendió el dar vueltas al torno, y escuchó.

Entonces se oyó distintamente, pero lejano, un grito:

—¡Socorro, me matan!

—¡Dios nos valga! exclamó la madre. Es nuestro vecino el usurero Lúcas.

El jóven se levantó del telar, y se dirigió hácia la puerta.

—¿A dónde vas, Severo? dijo su madre, interponiéndose sobresaltada.

—A socorrer á nuestro vecino, contestó el jóven.

—No te metas en esto, dijo la madre: nuestro vecino es un usurero, y tal vez sea esta una cuestion con alguno de sus acreedores, á quien habrá sacado el alma con sus usuras, y no vale la pena de que se comprometa un hombre de bien como tú.

—Perdonad; madre, dijo el jóven, apartándola dulcemente; es nuestro vecino, y la caridad me manda acudir á su socorro.

Entonces se oyó un grito. Un alarido de angustia, al cual respondió el silbido de la lechuza desde el campanario de Santa Clara.

El jóven se deshizo de su madre, y salió.

Las calles estaban oscuras, pues entonces no habia mas alumbrado que alguna que otra lámpara colgada delante de alguna imagen en la puerta de una iglesia, ó en el frontis de alguna casa.

La buena muger se puso á la puerta, y vió á su hijo entrar en la casa del lado, á la débil luz de la lámpara que colgaba frente á la imagen de San Agustin, en el vecino convento.

Poco despues el jóven volvió, pálido y temblando, y cerró la puerta. Sentóse junto al torno de su madre sin poder respirar. Sus bellas y varoniles facciones, sombreadas por naciente barba, estaban desencajadas.

—¿Qué sucede? dijo la madre alarmada. ¿Qué tienes hijo mio?

—¡Nuestro vecino ha sido asesinado! exclamó Severo, con terror, y solo he llegado á tiempo para verle espirar...

En aquel instante la gran campana de la catedral tocó la *Queda*, á la cual respondieron todas las parroquias y conventos de Barcelona, percibiéndose mas cerca las de Santa María del Mar, Santa Eulalia del Campo, Santa Clara y San Agustin.

Madre é hijo estaban mudos de terror.

Oyéronse pasos en la calle. Era la ronda nocturna.

—¡La ronda! dijo la madre con sobresalto.

Detuviéronse los pasos frente á la vecina casa.

—Madre, dijo Severo: la puerta ha quedado abierta en casa de Lúcas, y la ronda lo verá todo. ¡Dios quiera que se descubra el asesino!

Perode pronto tres aldabazos dados á la puerta, hicieron estremecer á la madre y al hijo.

—¿Quien va? dijo la buena mujer.

—Abrid á la justicia, Alianor, dijo una voz.

—La justicia puede entrar á todas horas en mi casa, contestó la buena muger abriendo de par en par la puerta.

—Habeis caido en la multa. Alianor, dijo el que mandaba la ronda. Ha dado la *Queda* y teneis la luz encendida.

—Aun no ha dadó el último toque, contestó Alianor.

—Pase por hoy, dijo el que mandaba la ronda; pero ¿no habeis oido algo en la casa vecina?

—No, contestaron perdiendo el color la madre y el hijo.

Entonces el jefe de la ronda sacó unas tijeras, y mostrándolas al jóven le dijo:

—Conoceis estas tijeras?



El joven se volvió lívido, juntó las manos con desesperación, y dijo:

—Soy inocente, lo juro ante Dios.

—Nadie te pregunta nada, buen mozo, contestó el jefe. Estas tijeras se han encontrado junto al cadáver de un hombre asesinado, y pertenecen á una persona de tu oficio, á un tejedor de seda; vente con nosotros, y ante los jueces darás tu cuenta.

En vano la pobre Alianor pedía gracia, en vano se arrodilló á los pies del jefe de la ronda.

—Habeis mentido, dijo este; me habeis dicho que no habiais oído nada, y las tijeras que se han encontrado junto al cadáver de Lucas son de vuestro hijo.

Lleváronse al joven casi sin sentido, y la pobre madre cayó medio muerta junto al abandonado telar de su hijo, exclamando:

—¡Virgen María, tened piedad de mí, y salvadle á él...!

En aquel momento las campanas todas de Barcelona repitieron tristemente el último toque de la Queda...

## II.

¡Qué tristes horas se pasan cuando la desgracia llama á nuestras puertas. Para darnos una idea de ello, no deberíamos hacer mas que penetrar en el templo de Santa María del Mar tres meses despues de la muerte del usurero Lucas, y veríamos á una muger puesta de rodillas ante el retablo gótico que estaba entonces en el altar mayor, en el cual se veneraba, como ahora, á la Madre de Dios.

Iba la muger vestida con un hábito franciscano, como el que usan hoy las religiosas, el cual se impuso para aplacar á la divina justicia y alcanzar de Dios la gracia que pedía.

¡Pobre madre! ¡Cuántas angustias, cuántos pesares habian acibarado su vida durante tres meses! Pálida, ajada su belleza, nadie hubiera conocido á la buena Alianor, la viuda, y madre del mejor tejedor de seda de Barcelona.

Nada le faltaba: con el trabajo de su hijo y el suyo vivía mas que holgadamente; sus gustos eran sencillos. No vivía mas que para su hijo, y cuando le veía salir los domingos con su ropilla nueva y su gorra de grana, ladeada con gracia, le parecía que en todo el mundo no habia un hombre tan hermoso como su Severo; y por la noche, cuando el joven dormía, la madre entraba en su aposento de puntillas, besaba con cariño sus ojos cerrados, y se acostaba contenta, exclamando:

—¡Qué hermoso es!

¡Pobre madre...!

Todos estos pensamientos acudían á la memoria de la desgraciada Alianor. También pensaba que cuantas veces habia dicho á su hijo:

—Severo; tienes veintisiete años, debes casarte, él le respondía:

—Me basta vuestro cariño, madre mia, y tal vez mi muger os trataría mal. Si tengo la desgracia de perderos, me casaré entonces; pero no la amaré tanto como á voz.

Y la madre siempre sellaba con un beso estas palabras, ¡qué recuerdos tan tristes para la que no aguarda

otra cosa que la muerte de su hijo! ¡Muerte ignominiosa y terrible!

Porque Severo habia sido juzgado y condenado: su negativa primero, y sus tijeras halladas junto al cadáver, le condenaron. En vano su madre juró que era inocente; en vano él puso por testigo á Dios, tanto delante de sus jueces como en la prueba del tormento. No hubo medio, y fué condenado al ignominioso suplicio de la horca.

Cuando su madre se presentó al tribunal para defenderle, jurando que su hijo era inocente, y que solo habia ido á casa de Lucas para socorrerle, y que allí se le habian caído sin advertirlo las tijeras que llevaba en su escarcela, los jueces la recibieron con fria sonrisa, y encontraron muy natural que una madre defendiese á su hijo, aunque fuese faltando á la verdad y jurando en falso.

Habia llegado el dia tremendo en el cual debia tener lugar la ejecucion; al extremo de la plaza del Born se levantaba el ignominioso patíbulo. La gran campana de Santa María del Pino congregaba á los fieles para rezar por el que iba á morir, repitiendo á intervalos el toque de agonía. Al oír este funesto toque, la pobre madre cayó casi sin vida en las gradas del altar mayor de la, por aquel tiempo, desierta iglesia de Santa María del Mar.

Vióse entonces que por la calle de Moncada salía una triste procesion; la procesion que acompaña siempre en su última hora al pobre condenado á muerte.

Entre los penitentes y los hombres de armas, rodeado de sacerdotes, con una cuerda al cuello, que debia poner fin á su existencia, con las manos atadas, y seguido del verdugo, aparecía el infeliz Severo, pálido, medio muerto por el tormento que padeciera, pero bello aún.

Al llegar á la plaza del Born pidió que le permitieran orar por última vez á la Madre de Dios, cuya imagen veía sobre la puerta de Santa María.

El pobre joven se hincó de rodillas, y juntando sus manos atadas, dijo con acento que partía el corazón:

—¡Oh! Madre mia! Vos sabeis que muero inocente, y que no he derramado la sangre de mi prójimo. Ya que no puedo librarme de mi triste suerte, velad por mi pobre madre; sed su protectora, pues que voy á morir!

Entonces sucedió una cosa extraña: la imagen de la Virgen, que tenia la cabeza levantada y miraba al cielo, la volvió hacia el reo, y le miró con compasion.

Un grito general de terror resonó en la plaza del Born, y todo el pueblo gritó:

—¡Es inocente; la Madre de Dios acaba de probarlo!

—Hubo entonces un tumulto; y sin poder evitarlo, el pueblo arranco al reo de las manos de los que le conducían al suplicio. Una muger, vestida con hábito franciscano, apareció en lo alto de la escalera del templo, se abrazó con el joven y lo metió en la iglesia, gritando:

—¡Hijo mio! ¡hijo mio!

Las puertas de la iglesia se cerraron, y el reo quedó dentro con su madre...

El pueblo aplaudió con frenesí, gritando:

—¡Bravo, Alianor; has salvado á tu hijo; es Sayrat; ya nadie te lo quitará! Y así era en efecto: la parroquia de Santa María del Mar, entre otros innumerables privilegios, gozaba del derecho de asilo, en catalán *Sayrat*; de modo que un reo que solamente tocara las paredes de la



iglesia, era libre, pero no podia salir del recinto del templo. Conservóse este derecho hasta principios del presente siglo, y aún en Barcelona hay personas que se acuerdan de haber visto criminales acogidos á alguno de nuestros templos.

Grandes debates hubo entre el brazo eclesiástico y el seglar, por si debía ó no indultarse al reo; pero el prodigio obrado por la imagen de Maria, cuya actitud permaneció siempre la misma, y era prueba evidente de tan extraordinario suceso, acalló todas las dudas, y fué pronunciado el perdón del reo.

Aquel dia Alianor, llevando del brazo á su hijo, entro como triunfante en Santa Maria del Mar, donde se celebró una funcion en accion de gracias.

La milagrosa imagen de la Inmaculada Concepcion de la puerta de Born, resplandecia de luces.

Algun tiempo despues, fueron presos una partida de ladrones que eran el terror de la comarca; y al ser conducidos á la horca, dos de ellos confesaron que habian asesinado al usurero Lucas, con el fin de robarle.

Todos los dias al anoecer una muger vestida con hábito franciscano, llevando en su mano una aceitera, se dirigia, acompañada de un bello mozo, hácia la puerta del Born, al templo de Santa Maria del Mar; el jóven descolgaba la lámpara, la madre ponia aceite y la encendia.

Todos cuantos los encontraban á su paso les saludaban con veneracion.

Pasaron años. Un dia vino el jóven solo; sus ojos estaban llenos de lágrimas, y llevaba luto. Algun tiempo despues, una fresca y bella jóven acompañaba al devoto de Maria. Pasaron mas años; los jóvenes se hicieron viejos, pero nacieron otros, viva estampa de sus padres; y mientras existió esta familia, nunca faltó luz á la Inmaculada de la puerta del Born.

Concluyóse la familia, pero la devocion de los barceloneses la sustituyó; no falta ninguna noche el farolillo encendido delante de la Virgen: ningun hijo de Barcelona pasa ante esta Santa Imagen sin que, si conserva en su corazon la fé de sus padres, se vuelva á mirar á la Virgen purísima de aquella puerta, y nola rese en su mente el Ave Maria.

F. DE P. CAPELLA.

## SECCION DOCTRINAL.

### LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

No, no pasar, á su lado sin recoger la orla de vuestro vestido, como si os acercaseis á un lago de cieno inmundado y pestilente; no pronuncieis su nombre sin experimentar ese sentimiento instintivo de repugnancia

y de disgusto, que siente el alma al recuerdo de una llaga profunda ó de un cáncer espantoso, por que cáncer y llaga incurable de sociedad, es la mujer que falta á sus deberes, que olvida la noble mision que trajo á este mundo, que arroja en el lodo su corona de dignidad y de pureza, y trueca en jérmén del mal, las semillas del bien que el ángel de la guarda depositó en su alma, al descender, con ella en las manos, del cielo donde Dios la formara.

La mujer, mil veces lo he dicho ya y seguiré diciéndolo siempre, la mujer que merece el santo título de buena y honrada, es la dulce y tierna compañera del hombre; es la que soporta sus desgracias y toma parte en sus infortunios, es la que con su dulce sonrisa ilumina sus noches de duelo, es la que con mano amorosa y suave, le aparta constantemente de las sendas del mal y le inclina al camino del bien. Es la que con el ejemplo, mas aún que con la palabra, enseña á sus hijos á que le amen y le respeten, entretejiendo con sus virtudes la santa corona de su ancianidad.

¡Oh! la mujer honrada, es un digno y altísimo valuar-te á cuyo pié se estrellan y se convierten en fragmentos de espuma las olas impetuosas del torbellino de la vida.

Ella las domina, ella sabe vencerlas, por que lleva en su frente la fé, y la esperanza en su corazon.

¡Y vale tanto la esperanza, vale tanto la fé! no la que el mundo sabe brindarnos, sino la que el corazon puede buscar en Dios!

¡Oh! si la sociedad fuera tan injusta que no rindiese á todas horas y en todas partes un tributo de respeto y de admiracion, á la mujer de que yo os hablo, la bastaria como solo premio el testimonio de su conciencia y la inalterable paz de su alma.

Pero no, el mundo no es tan ciego, no está tan enloquecido, por mas que se le calumnie y se le ofenda, y marca con un borron de infamia, la frente de la esposa y de la madre que no cumple dignamente su santa mision.

Las que ostentan pues, estos hermosos títulos, y las que tienen en sus manos la dicha y la honra de una familia entera, no deben desanimarse ni vacilar al apoyar su planta en el camino del deber, sino siguiérle sin titubear, pues por mas que el vicio quiera adornar con flores la senda de la culpa, debe ser muy áspera, debe tener muchas espinas!

El remordimiento se sentará sin duda á la cabecera de la mujer que tuerce su pié en el camino de la virtud, y turbará su sueño y hará penoso su descanso. En la mirada de su esposo, en la sonrisa de sus hijos, creará adivinar siempre la huella de una sospecha, y donde quiera que vuelva sus ojos, pensará encontrar la desconfianza y la duda.

Su castigo primero estará en su mismo delito, porque ¿qué confianza puede inspirar el juramento del lábio que una vez fué perjuro? ¿de que sentimientos puede hacer alarde un corazon que ha pisado y deshecho el mas noble, el mas santo, el mas grande de los sentimientos que puede albergar en su fondo?

El sentimiento de su deber.

De ninguno! esto es imposible!

¡Oh! cuantos castigos ha creado Dios para las criaturas culpadas!

Apartémonos, pues de su paso, pensando en sus amarguras, y pensando en su desvario y cumplir vosotros, hijas mias, el destino que Dios os señaló, porque la aureola que ciña vuestras sienes, reflejará su luz en mis canas, por que vuestra conducta será la garantía de mi dicha futura.



Seguid, pues, seguid vuestra senda y mas que los elogios del mundo, mas que las vanas satisfacciones de la vanidad, mas que los goces del orgullo ó el amor propio, valga para vosotras el que os designen, con esta sola y sencilla palabra: «Ese es un tipo de mujer honrada!»

¡Oh! amigas mías, ¡oh! hijas mías, que empezais á cruzar el camino de la vida, aunque por bien diferentes sendas. Tú, Julieta, que esperas poseer una brillante fortuna, tú, Rosa, á quien Dios ha colocado en la modesta clase media, y tú, Ana, niña hermosa y tímida, á quien solo hoy brinda el porvenir pobreza y privaciones, ¡si supierais las tres lo perjudicial y dañina que es una muger á quien no cuadren bien los títulos de honrada y digna, de una muger sobre cuya frente pueda encontrar el mundo una sombra de culpa!

Por que, no creais, hijas mías, que se necesita mucho para que una jóven mire empañada la corona de casta pureza que rodea sus sienes, ó para que una esposa y una madre pierdan ó deslustren el brillo de su buen nombre: no: con una palabra, con una mirada, con una sonrisa indiscreta puede destruirse la paz de un corazón, la tranquilidad de un hogar, el porvenir de una familia!

Dicen, y yo no podria negarlo en absoluto, que á veces la calumnia hace un papel principal en la perdición de una familia; pero ¡ay! hijas mías! yo puedo aseguráros que la calumnia enmudece ante la virtud, y que pasa por su lado sin desflorar su santa corona! Podrán agrandarse y mirarse con un cristal de infinito aumento las faltas de una culpable, podrá decirse que su caída fué mortal, cuando solo ha tropezado, ó cuando ha vacilado únicamente; pero no existiendo piedra alguna, ¿qué digo piedra? pequeño grano de arena que sirva de cimiento al edificio de la calumnia, esta no tendrá base en que apoyarse, esta no existirá, yo os lo aseguro!

Y si las apariencias, como dicen muchos, pueden engañar, ¿por qué no guardarlas completamente? ¿por qué no ser tan celosas de nuestra opinion y nuestro buen nombre, como el avaro lo es de su tesoro, como el opulento de su caudal?

Que mayor tesoro, que caudal mas inmenso que una envidiable reputación?

Y no creais que solo el desprecio público atrae sobre sí la que por un instante aparta sus ojos de la estrecha senda de su saber, no: hijas mías! hay desgracias inmensas, hay desventuras desconocidas que ocasionó un instante de error, que preparó un momento de desvario.

¿Queréis que os refiera una?

¡Oh! sí: ya leo en vuestros ojos la curiosidad y la impaciencia, y voy á complacerlos, por que como os he dicho mil veces comprendo que el ejemplo vale mucho mas que el consejo, y yo tengo, allá en el fondo de mi pensamiento, una historia, siempre, para demostrar el mal que corrijo.

—Haces bien, abuelita, exclamó Julieta que habia escuchado el largo discurso de la marquesa con mas atención de lo que podia esperarse de su edad. haces bien, nunca nos convences mas de la verdad de tus palabras, que cuando nos refieres alguno de esos hechos que has presenciado y que encierran una clara y provechosa lección.

—¡Ay! hija mia, pudiera decirte muchas. ¡Son tantas por desgracia las historias de este género que se desenvuelven á cada paso en nuestra sociedad!

Pero no, yo no quiero manchar mis labios ni manchar vuestros oídos, ¡faltaria al deber que me he impuesto

de enseñaros el bien sin descubrir enteramente el mal, y hay culpas que es preciso tocar con tal delicadeza y tal temor, como tocaríamos un veneno rápido y violento, del que solo una gota pudiera matarnos. Oídme, pues, con atención las tres, porque á vosotras me dirijo con particular cuidado, y no olvidéis lo que voy á deciros.

Era una muger jóven y hermosa, tan hermosa como desgraciada fué despues, por que no creais, hijas mías, que la belleza es un don en el cual estriba la ventura siempre.

Casada y madre de dos niñas, hubiera podido ser muy dichosa, si el amor propio, y el deseo constante de agradar no la hubieran precipitado en un abismo sin fondo.

Pero ¡ay! que la vanidad, y la presuncion son siempre muy malas compañeras de la muger que las lleva consigo.

Matilde, que así se llamaba la jóven, no era, sin embargo una muger que se podia llamar enteramente mala, pero no era tampoco lo que una muger debe ser para cumplir dignamente su santa misión.

Lejos de ocultarse como la violeta para perfumar su hogar únicamente, hacía alarde de sus encantos donde quiera, y aunque sin meditarlo, ni pensar jamás en faltar á su esposo, sacrificaba sus horas de dulce quietud, por acudir á los bailes, á las reuniones públicas, y recoger allí las flores que los libertinos ó los ociosos arrojaban á su paso.

Un dia, y en una de aquellas fiestas á que era tan aficionada, encontró un hombre, á quien jamás habia visto y que llamó su atención, pues el génio del artista brillaba en su mirada, y su nombre venia rodeado del hermoso prestigio de la gloria.

Matilde esperó en vano que cayeran á sus piés las flores de la galantería de aquel hombre.

Él, preocupado con sus sueños de ambicion y nombre, jamas habia comprendido ese juego de palabras, que se dicen en sociedad, sin que estén inspiradas por el sentimiento, ni las presida la verdad.

Es que los verdaderos artistas, los artistas de corazón, viven en un mundo aparte, mas elevado, mas sincero; será si se quiere el mundo de los sueños; pero ¡ay hijas mías, las realidades de la vida son tan amargas y tan mezquinas que es preferible apartarse de ellas.

Octavio, pues, no habia amado, pero no habia mentido amor tampoco á ninguna muger.

Era un gran pintor, y la belleza de su arte habia bastado hasta entonces para llenar su mente y su corazón.

Matilde no lo comprendió así, y se atravesó á su paso solo por un sentimiento de orgullo, solo por un afán de su vanidad, por que ella, á quien todos decían á cada paso que era hermosa, se creyó ofendida en su amor propio porque Octavio no fijase la atención en aquella belleza tan celebrada.

Yo no sabré deciros, hijas mías, de los medios que se valió, las coqueterías que empleó, las sonrisas, las miradas que agotó, solo con el empeño de que aquel jóven reparase un momento de ella.

Os repito que yo no sé deciroslo, porque jamás he conocido el arte de agradar por medio de la ficción, ni de la ostentación de las gracias físicas: yo he creído que el afecto que asienta su trono en el alma, en el alma tan solo debe buscar encanto y belleza.

Pero sí os podré asegurar que Matilde perdió muchas horas ante su espejo, que ajó muchas flores, que em-



pleó el producto del sudor de su honrado esposo en cintas y galas para dar mayor realce á las gracias de su persona, en aquellos dias de loco delirio.

Y cuenta que os advierto, que ella no creia faltar por eso á sus deberes, ni pensó en olvidarlos nunca.

Juzgaba aquello un capricho inocente, un entretenimiento de la imaginacion en que ningun mal hacia, y si alguno le hubiera dicho que ponía el pié en la pendiente de un abismo, se hubiera reido burlándose de este aserto.

No sé como sucedió al fin, yo creo que Octavio ignoraba que era esposa y madre, pero ello es, que sus miradas se encontraron, que los labios de él pronunciaron temblando algunas frases, las primeras galantes que habian salido de ellos en el mundo, y que ella las escuchó con la alegría del que vence en una lucha.

¡Ay! para Octavio eran las primicias de un corazon amante y entusiasta, para ella eran un falso alago del amor propio, uno de tantos homenajes á que habia creído tener derecho en la vida.

Una vez conseguido aquel triunfo, Matilde, que como os he dicho antes, estaba muy lejos de creerse una esposa infiel, empezó á mirar con menos insistencia á Octavio, y á proseguir tranquilamente su senda cubierta hasta entonces de rosas.

Pero ¡ay! hijas mías, que era tarde, que el mal estaba hecho!

Lo que para ella habia sido una moneda corriente, un ligero reflejo de su constante coquetería, fué para aquel hombre, impresionable y vehemente, una pasión que le dominó por completo. Cuanto mas tardó habiéndose su corazon para despertar al sentimiento, con tanta mayor fuerza lo hacia y con tanto mayor ímpetu latía al impulso de aquel afecto tan nuevo como grande. Quizá si en un principio hubiese sabido que aquella muger no era libre, se hubiera apartado de ella, porque era un hombre leal y honrado.

Pero ¡quién supone madre y esposa á una muger que asiste de continuo á los saraos, á una muger que prodiga doquiera miradas y sonrisas, á una muger en fin que se aleja de sus hijas, que las abandona por lanzarse á las diversiones y los placeres, y no ostenta en su aspecto, en sus palabras, en sus ademanes la severa y tranquila, y noble dignidad de los santos cuidados que Dios le ha fiado?

¡Oh! la que olvida un momento su compostura y su augusto carácter, no debe esperar ni el respeto ni la consideracion, ni los homenajes que la virtud recibe, sino que confundiendo con la muger que no es honrada se la haga objeto de las mismas y poco delicadas manifestaciones que aquella encuentra por doquiera.

Yo, hijas mías, creo un doloroso ultraje la palabra intencionada, la frase equivocada, la mirada insinuante que se fija en la muger casada, y la que las tolera, la que no las pone un instantáneo correctivo, creedme, creedme, porque yo no os engaño nunca, ni es capaz de conocer los altos deberes del matrimonio cristiano, ni es digna, ni justa, ni virtuosa ni buena!

Octavio trastornado por la imprudencia y loca conducta de aquella muger, llegó á sentir por ella una de esas pasiones en que el hombre todo lo atropella, todo lo avasalla, y cuantomas ella trocó su anterior afán por frialdad y alejamiento, tanto mas se dobló el delirio del jóven, y tanto mas terrible se hizo.

En paseos, en reuniones, en todas partes la buscaba, en todas partes la asediaba, en todas partes hacia alarde de la pasión que le dominaba, y procuraba acercarse á

ella sin consideracion á los respetos ni á las exigencias sociales.

Matilde tuvo miedo!

Se espantó de su obra y quiso retroceder, pero esto era casi imposible.

Su marido se apercibió tambien de aquella perenne persecucion, y la paz de aquel hogar se vió turbada por una primera duda.

Javier, el honrado esposo, sintió que agitaba su sueño la triste sombra de la sospecha, y de su alma generosa y sencilla, huyó la alegría y huyó la confianza.

¡Ay! vosotras no sabeis cuán amargo y cuán doloroso es el primer desengaño! vosotras no sabeis cuán trascendental es la primera decepcion, ni que mal tan grave se encierra en que un matrimonio pierda la mutua confianza, pierda la recíproca buena fé.

Quejas, lágrimas, palabras duras, reemplazarán á las anteriores alegrías, sustituirán á las antiguas expansiones.

En aquella casa no hubo ya dos corazones unidos ante Dios, sino dos espíritus dispuestos siempre á la discordia.

El temia por su amor, temia por su honra y estaba siempre en continuo estado de exaltacion y delirio.

Ella, que en la ceguedad de su silojismo, creianomecer aquel reproche, se revolvía contra la mano que intentaba oprimirla, y apellidaba injusto al que dudaba de su fidelidad.

—Yo no he faltado á mis deberes, repetía sin cesar, no he manchado el nombre que llevo, no he puesto el sello á la deshonor de mi esposo!

¡Desgraciada imprudente, que no sabía que la opinion de la muger es un limpio cristal que un soplo de aliento empaña. Desgraciada imprudente que no sabia que la felicidad doméstica es una flor que el mas ligero rayo de sol puede marchitar para siempre!

Un dia, fatigada de la constante persecucion de Octavio, y del enojo continuo de Javier, temiendo un desenlace terrible para aquel misterioso drama, trató de librarse del peligro que entreveía.

La infeliz miró á la cuna de sus hijas y tuvo miedo del porvenir!

Su esposo era padre de aquellas dos niñas que hacia mucho tiempo vejetaban sin caricias en un hogar helado y sombrío.

¡Oh! Matilde se estremeció ante el sello de profunda tristeza que veía grabado en aquellas frentes purísimas, porque las pobres criaturas que veían airados y en continua querella á sus padres, habian llegado á tenerles miedo, habian perdido su inocente alegría, su confianza y su expansion.

(Continuará):

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Granada:—Imp. de «La Madre de Familia.»